

Introducción

Existe un consenso más o menos generalizado acerca de que el siglo XX que acaba de concluir ha sido el más sangriento de la historia, con acontecimientos y catástrofes humanas tan terribles que, a menudo, hacen olvidar lo de positivo que también hubo entre 1900 y 1999. En efecto, dos guerras mundiales, infinidad de guerras menores pero igualmente destructivas, pogromos, eliminación de pueblos enteros bajo el lema de la «limpieza étnica», dictadores feroces exigiendo un tributo de sangre propio de dioses primitivos, hambrunas perfectamente evitables, degradación del medio ambiente... La lista es interminable y la afirmación de que en el transcurso de esos cien años se ha matado más que en toda la historia anterior de la humanidad no parece exagerada.

Sin embargo, y a pesar de esta sombría retrospectiva, tampoco parece muy exagerado afirmar que los inicios de este siglo XXI tampoco resultan muy alentadores. En efecto, en los escasos cuatro o cinco años que lleva esta centuria de andadura hemos contemplado acontecimientos con los atentados terroristas del 11 de Septiembre y el 11 de Marzo y, paralelamente, especialmente por parte de Israel, Estados Unidos y Rusia, una escalada sin precedentes del terrorismo de estado que dice combatir al primero

sin advertir (o sin importarle, tan siquiera) que utiliza los mismos medios. En este breve siglo XXI hemos vivido ya dos guerras: Afganistán e Irak al tiempo que los EEUU, la potencia emergente una vez hundido el bloque comunista, se han embarcado en una dinámica descaradamente neoimperial que supone un discurso preñado de amenazas y una retórica simplista que pasa por el «o conmigo o contra mí», por la recuperación del fundamentalismo cristiano más intolerante. Todo ello con consecuencias catastróficas para las libertades civiles, conculcadas sistemáticamente en aras de una más que dudosa seguridad, para la legalidad internacional y sus organismos, ONU, Tribunal Penal Internacional, que son completamente ignorados y humillados en tanto no bailen al compás de la música (cacofónica) que brota de la Casa Blanca.

Por lo tanto, pensamos que no podemos ignorar (aunque a determinadas instancias de poder interese que esto sea así) los nubarrones que asomaron por el horizonte del 11-S y que ya han cuajado en tormenta, una tormenta que para los inermes habitantes de Kabul, Kandahar, Bagdad o Basora no ha podido ser sino de fuego y acero. Y si, como ha escrito Ernst Jünger, la guerra es una tormenta de acero, pensamos que quienes nos proporcionan el relato (con sus luces y sombras) de esa tormenta, es decir, los periodistas no pueden ser sino los heraldos del fuego y del acero. Unos mensajeros que, demasiado a menudo y no siempre accidentalmente, se convierten también ellos en víctimas: allí está el caso de José Couso y Julio Anguita Parrado, periodistas españoles muertos (¿o asesinados?) en la última guerra de Irak.

Precisamente, la cercanía temporal de dicha guerra con nuestras *Segundas Jornadas de Comunicación y Propaganda* (Sevilla, octubre de 2003) nos llevó a dedicarlas monográficamente a la propaganda bélica, ya que precisamente este

conflicto representó un muestrario completo de técnicas y estrategias propagandísticas donde la mentira más descarada campó por sus fueros. Baste recordar las presuntas armas de destrucción masiva que, al decir irónico de un comentarista, se transformaron en armas de *distracción* masiva, porque, en buena medida, fue eso lo que hizo la prensa al servicio del Imperio: distraer nuestra atención de las verdaderas intenciones de Bush y su círculo de fundamentalistas neoconservadores.

Pensábamos entonces, y lo seguimos creyendo, que la única forma de no caer en la telaraña de mentiras y medias verdades con que la propaganda nos envuelve es la actitud crítica. Crítica implacable con los señores de la guerra que no vacilan en manipular la opinión pública estimulando sentimientos como la pertenencia exclusiva a un determinado grupo (étnico, religioso...), el temor al otro o el patriotismo utilizado, según memorables palabras de Samuel Johnson, como «último recurso de los canallas». En esta línea, pues, los distintos capítulos de este libro buscan desvelar, tanto desde una perspectiva teórica como a partir de ejemplos y casos concretos, los mecanismos, la praxis y los efectos de la propaganda de guerra y de los medios que la difunden.

Todo ello, lo reiteramos una vez más, con un objetivo común: conocer para desmontar e impedir el funcionamiento de una maquinaria que, para el común de los ciudadanos (los que son reclutados o los que ven los aviones desde tierra) sólo puede significar terror y muerte.

Adrián Huici Módenes
Universidad de Sevilla
Septiembre de 2004